

LINEA EROTICA

Por: Antonio D. Duarte Sánchez

El anuncio del periódico era uno más entre tantos: "Contactos en toda España. Satisface tus vicios más inconfesables. No profesionales. Número". ¿Por qué me atrajo?. En todo caso carece de importancia; llamé y me pidieron algunos datos: mi nombre, mi ciudad de residencia y un teléfono de contacto. Me asignaron una referencia y me preguntaron qué clase de relaciones buscaba.

- Mujeres. -contesté.

Casi como un juego, así empecé a oír lo que yo creía que eran falsos mensajes de falsas mujeres cuyo único propósito debía ser mantenerme pegado el mayor tiempo posible a la línea 906. Pese a todo, fui tomando nota de las referencias que indicaban, hasta diez, aquellas posibles relaciones que ofrecían sexo sin ataduras. Volví a llamar para indicar las referencias deseadas.

- Muy bien, señor. Nosotros nos encargaremos de facilitar su número de teléfono a estas personas. Muchas gracias por utilizar nuestros servicios y buenos días.

Sólo restaba esperar.

* * * * *

Debo confesar que me llegué a olvidar del famoso anuncio. Hasta hace pocos días en que el timbre del teléfono sonó estridente y salté de la cama como impulsado por un muelle. La siesta es mi hora sagrada, quien quiera que fuese debía tener una muy buena razón para molestarme ...

-¿Fernando?. -era una voz de mujer a la que no reconocí.

- Sí, yo soy ...

- Hola, soy Teresa.

-¿Teresa?.

- Sí, bueno, tú no me conoces..., me han dado tu número de teléfono en "Contactos Personales" ...

¡Vaya una sorpresa!. ¡Así que finalmente la cosa funcionaba!

- Dime, dime... Bueno, encantado de conocerte...

- Igualmente, chico. ¿Es la primera vez que usas el teléfono para esta clase de contactos?.

Bueno, ya os podéis imaginar el resto de la conversación. Quedamos para esa misma noche en un lugar céntrico. Era una mujer mayor que yo y, no voy a mentiros, su cuerpo no era escultural. Tampoco se veía en su cara ningún cartel que indicara su afición por el sexo ni su ropa resultaba estridente. Era una señora de cuarenta y tantos años que, arreglada con experiencia y buen gusto, resultaba atractiva.

Nos besamos en la mejilla y así fue como olí su piel por primera vez, un perfume suave y discreto. Le pregunté si había cenado y me dijo que no. Fuimos paseando hasta un restaurante cercano que tenía una carta no muy extensa, aunque siempre podías confiar en encontrar un plato económico (no soy miembro de la jet-set, precisamente) que cubriera todos tus gustos.

Hablamos, hablamos, hablamos Afortunadamente, el tiempo invitaba a pasear junto al río; se levantó una brisa fresca que disipó los vapores del alcohol, dejando en nosotros

la excitación suave como un cosquilleo en el vientre. Yo creía que caminábamos al azar y me sentía feliz. Ella había tomado mi mano derecha con la suya y poco a poco fue caminando más cerca de mí.

Yo la miré de reojo, tomé aire y llevé mis labios hasta su cuello. ¡Bien!. Teresa ladeó su cabeza ofreciéndomelo. La besé y aspiré su aroma. ¿Casualidad?, puede ser pero el caso es que estábamos en una zona de sombras bajo el ramaje de un árbol que tapaba una farola. Pegué mi cuerpo al suyo y ella ciñó sus brazos en torno a mi cuello.

- Vivo aquí al lado. -me susurró- ¿Vamos?.

Más que una petición era una orden. Me dejé guiar por ella, colocando una mano sobre su glúteo y apretando suavemente. Teresa lanzó una risita.

- ¿No tienes espera?.

- ¿Sinceramente? -ella cabeceó afirmativamente. - La verdad es que esta hierba invita a no caminar más

No, no nos atrevimos a tanto. No están los tiempos para locuras..., ni los cuerpos tampoco ... Pero aprovechamos la subida del ascensor para explorarnos e intentar averiguar lo que podíamos esperar al hallarnos en la soledad de su apartamento.

No dio tiempo a averiguar demasiado. Me condujo a la ducha y me desvistió de un modo casi salvaje, mis manos recorrieron su ropa e hice el primer descubrimiento de la noche: su habilidad para contorsionar su cuerpo mientras sus vestido se deslizaba hacia abajo, sin dejar de excitarme rozando sus pechos contra mi piel. El agua fría endureció sus pezones y sus manos apretaron mis nalgas con fuerza.

Ahora me doy cuenta de que mi siguiente impulso pudo habernos conducido a una desgracia: Aferré sus muslos y abrí sus piernas mientras la levantaba en peso. Froté mi pene contra su clítoris y saboreé los pezones oscuros y erguidos. Ella buscaba la penetración con un deseo animal pero yo sabía que en mi estado no duraría mucho así que continué con mi juego. Pese al agua gélida noté su sexo caliente, los labios de su vagina rodeaban mi verga y mi prepucio rozaba su ano.

La penetré. Rugió broncamente. Jadeó y suspiró; apoyada en mis hombros empezó a moverse arriba y abajo, arriba y abajo La bajé con cuidado y le sonreí, ella no entendió inmediatamente lo que yo quería o pensó que me había cansado de sostenerla, pero no tenía nada que ver con eso, simplemente yo no quería llegar aún al orgasmo y el único medio era parar de momento y jugar un poquito.

Cerramos el agua y nos arrastramos hasta la cama, empapados por dentro y por fuera. Su sexo abierto, oliendo todavía a jabón, era un regalo imposible de rechazar. Mordí la parte interior de sus muslos y acaricié sus pechos, me entretuve en su clítoris hasta que los movimientos de sus caderas me indicaron que se aproximada al clímax. Entonces le dí la vuelta y le introduje mi verga; ella levantó la cabeza y exhaló un grito de placer. Nos movimos con furia, acoplándonos hasta que ya no quedó nada dentro de mí.

He vuelto a ver a Teresa en otras ocasiones, siempre para el sexo, siempre con ese perfume discreto y esa apariencia casi anodina que no deja traslucir lo que hay detrás. Definitivamente, la línea erótica escondía más de lo que una simple voz puede sugerir.

FIN

